

to tan sólido, tan firme, que desafiará el poder de los siglos y los reiterados conatos de las potestades diabólicas para derrocarlo: que tanto así quiere decir: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

“Esto era ya mucho; pero Jesucristo, fijó en la idea de que esta estableciendo el gran principio de esta institucion divina, no quiere dejar nada con que puedan autorizarse despues las sectas disidentes contra el poder del Soberano Pontífice y su Iglesia. Por este motivo, queriendo ser mas explícito, dice todavía: “A tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo.” He aquí todo: dicho esto, la suprema autoridad de Pedro, su primado de honor y jurisdiccion, su soberanía en la Iglesia católica es un hecho incontestable, es un derecho incontrovertible. Sábese muy bien que las llaves representan el poder; entregarlas, es dar al que las recibe un derecho sobre lo que ellas contienen: esta inteligencia es monumental, tradicional, histórica, y no admite por tanto la menor contradiccion. Por consiguiente, aun cuando Jesucristo solo hubiese contraídose á la entrega de las llaves, el poder de Pedro seria incuestionable; pero añadiendo la ratiñacion que tendria en el cielo quanto Pedro hiciese en la tierra, explicó de la manera mas clara el símbolo de las llaves, dejando sentadas, al abrigo de toda clase de vicisitudes, las bas del poder supremo de Pedro y sus sucesores.

“Sin embargo, el protestantismo tan astuto como tenaz, acepta la significacion de este poder con el

fin de aplicarle indistintamente al apostolado; lo que le bastaba para echar por tierra la supremacia de Pedro y sus sucesores. Esta miserable cavilacion se destruye por sí misma en vista del sagrado texto que hemos analizado; pero á mayor abundamiento, para que se vea que ni aun este recurso quiso Jesucristo dejar á los enemigos de su Iglesia, oigamos la siguiente narracion del evangelista San Juan en el capítulo XXI, versículos, 15, 16 y 17. “Acabada la c mida, dice Jesus á Simon Pedro: Simon: hijo de Juan. ¿me amas tú mas que estos? Dícele: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele; Apacienta mis corderos.—Segunda vez le dice: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Respondióle: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos.—Dícele tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba: y así respondió: Señor, tú lo sabes todo: tú conoces bien que yo te amo. Dijole Jesus: Apacienta mis ovejas.”

“Para sentir toda la fuerza de la prueba contenida en estas palabras, es necesario recordar que Jesucristo se ha presentado bajo la imágen de un pastor y á su Iglesia bajo la de un rebaño. “Yo soy el buen pastor,” decia en esa tierna y célebre parábola que todos conocen: “yo soy el buen pastor y conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen á mí.” Cuando habla pues con Pedro en presencia de sus otros discípulos, toma este carácter, el de buen pastor, y se muestra con todos aquellos derechos consiguientes al dominio pleno que un pastor tiene sobre su rebaño. Las relaciones de pastor y rebaño son todas de ternura y afecto, y por lo mismo, cuando quiso elegir un sustituto, uno á

INSTRUCCIONES.—21.

quien encomendar este rebaño, es decir, cuando estaba ya para subir al cielo, y á efecto no dejar nada pendiente daba sus disposiciones para que quedasen bien apacentadas las ovejas que tenía en la tierra, toma por basa el amor: quiere probar en el crisol de la caridad al encargado suyo, y por tanto, antes de darle sus instrucciones le pregunta si le ama. Pero esta pregunta no será genérica, no será transitoria; porque encargos generales raras veces se llenan con exactitud, y mas raras todavía subsisten á salvo de contradicciones. El rebaño de Jesucristo debía tener, porque es inmenso, una gerarquía de pastores en que se reconociese un primer pastor, y como, segun acabamos de decir, esta grande confianza tenía por basa el amor, Jesucristo abre camino para que el príncipe de los apóstoles apareciese ante la Iglesia toda, no solamente con la alta primacia del derecho, sino tambien en toda la celsitud de la caridad. Pedro se hallaba con los otros apóstoles, pastores tambien, encargados tambien por Jesucristo, legatarios del mundo incrédulo para distribuirle la fe, del mundo corrompido para distribuirle la moral, del mundo disperso y excéntrico para introducirle en la Iglesia y someterle al centro de la unidad católica. Era pues necesario fijar ante todo las relaciones de Pedro por una parte con Jesucristo y por otra parte con los otros apóstoles. Estas relaciones tienen por primer término el amor, por segundo término el derecho, por centro á Jesucristo. He aquí porqué este divino Maestro, penetrado íntimamente de aquel amor infinito que le trajo á la tierra, que derramó su sangre y le hizo espirar en la cruz, busca uno que le ame sobre todos, porque solo de esta suerte po-

dria sucederle en aquella plenitud de ternura, de solicitud y de vigilancia que demandaba este encargo supremo. Se dirigen á Pedro, y poniéndole en relacion con los otros, le dice: "Simon, ¿me amas tú mas que todos estos?" Pedro respondió con una humilde afirmacion: "Tú sabes que te amo." Jesucristo entónces confirma esta alta predileccion de Pedro fiando á su cuidado en primer lugar á los otros apóstoles, sirviéndose de estas palabras: "Apacienta mis corderos." Los apóstoles son considerados aquí como corderos, porque adelante hablará Jesucristo del resto de los fieles que son apacentados y gobernados por Pedro y los apóstoles, desinándolos con el nombre de ovejas. Está pues fuera de duda, que Jesucristo reconoció en Pedro una dignidad mayor que en los otros y tambien una aptitud mayor. ¿Porqué lo primero? por el juicio que ha formado de su caridad. ¿Porqué lo segundo? porque era el apóstol que siempre habia figurado en el primer término, que siempre habia hablado el primero, y qué sabemos, si tambien su penitencia entraria en los considerandos de Jesucristo para colocarle en un rango tan elevado: esta virtud le daba la escuela de la experiencia propia y abria su corazon á la caridad para con los pobres pecadores. ¿Quien no sentiria un secreto impulso hácia la esperanza del perdon mirando al frente de los pastores á Pedro el penitente! ¿Quien no se moveria en presencia de aquel rostro venerable, hendido por las lágrimas del arrepentimiento! En segundo lugar, vemos aquí que Jesucristo, considerando á los otros apóstoles relativamente á Pedro, se los presenta como unos corderos, para en cargarlos á su cuidado pastoral: "Apacienta mis corderos."

“Hemos dicho tambien que esta pregunta de Jesucristo no seria general ni transitoria. Su especialidad acaba de verse, hablando de los apóstoles: ¿y su permanencia? Al parecer no quedaba que añadir nada, despues de haber calificado y recompensado así el amor supremo de Pedro; pero Jesucristo no se contenta con esto, quiere añadir á la eleccion y nombramiento la confirmacion y ratificacion; por esto vuelve á preguntarle: Simon, ¿me amas?” y cuando Pedro le responde por segunda vez afirmativamente; vuelve á decirle: “Apacienta mis corderos.” ¡Oh sabiduría infinita del Verbo! ¡Oh esplendor de sus consejos divinos! ¡Oh profundidad insondable de sus miras eternas! Esta repetición de pregunta y encargo es altamente misteriosa; nunca se meditará lo bastante. Jesucristo, al fijar el derecho del primado de Pedro y el deber de los apóstoles de estarle sometidos, habla segunda vez, á fin sin duda de afirmar el pontificado y apostolado contra todos los peligros que tantas veces han conspirado contra la unidad católica. Los simples fieles, los que solo obedecen, los que no ejercen mando ni tienen á su cargo exponer la doctrina, no corrian tanto riesgo, supuesta la estrechez entre los obispos y su cabeza. Este era pues el punto mas necesario; era, digámoslo así, el último complemento de los trabajos de Jesucristo para dejar profunda y sólidamente sentados los cimientos de su Iglesia. Piedra angular, él debia colocar la piedra fundamental y las otras concomitantes que habian de constituir la basa de esta ciudad santa, de este reino suyo. Por esto el Apóstol, cuando le ve ya establecido, se dirige á sus hermanos diciéndoles: “Ya no sois huéspedes y

advenedizos, sino ántes bien, sois conciudadanos de los santos, domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, cuya piedra angular es Jesucristo.” (1)

“No creemos necesario añadir nuevas explicaciones para dejar plenamente comprobado el primado de Pedro sobre los otros apóstoles. Pero era necesario ver cómo este príncipe tenia sujeción, no circunscrita al gobierno inmediato de sus hermanos, sino extendida al todo el cuerpo de los fieles: tal es el objeto de la tercera pregunta y el tercer encargo: “Simon Juan, ¿me amas?” Y habiendo dejado el apóstol traslucir la tristeza que le causaba esta tercera pregunta, que él por ventura la tendria como una señal de duda de su amor, porque ignoraba el pensamiento de Jesucristo, le respondió humildemente: “Tú, Señor, lo conoces todo: tú sabes que te amo.” Jesucristo le dijo. “Apacienta mis ovejas.” Como si le dijera, “tú has dicho muy bien, lo conozco todo:” Supremo Pastor de este rebaño inmenso, y dotado de un entendimiento infinito, conozco á todas y á cada una de mis ovejas, y no solamente las que viven hoy, sino las que han de ir apareciendo hasta la consumacion de los siglos: conozco á todos los hombres y veo quiénes poseen la caridad y quiénes no, y entiendo y juzgo todos los grados en que los primeros poseen esta virtud. Voy á tratar ahora de todas, de todas en general. No quiero ya limitarme á tus compañeros en el apostolado, es mi ánimo referirme al mundo; y como para gobernar este mundo, es necesario tener un amor mas grande que él, te pregunto por

(1) Ad Eph. cap. II, vv. 19 et 20.

la tercera vez si me amas. Tú has respondido bien; y esta respuesta tuya servira de ejemplo á todos los presentes y venideros fieles sobre los caracteres que debe tener la confesion de la caridad. Nadie debe hablar en términos absolutos, nadie debe hablar diciendo, sino humildemente, inclinándose ante el misterio de su estado y refiriéndose á la bondad, misericordia, y justicia de mi juicio. Esa santa tristeza tuya, ese santo temor con que te conduces al al responderme, son dos prendas de mi gracia, sin la cual nada podriais. Pues bien: en recompensa de esta confesion tan sincera y tan humilde, apacienta mis ovejas. No pongo termino ni límites á este poder: cuantos llevan mi nombre, cuantos militan bajo mi bandera, cuantos vivan dentro del muro de mi reino, en fin, todos los fieles cristianos son ya el objeto de tu amor, de tu solicitud, de tu direccion y de tu gobierno: apacienta mis ovejas, predicales la fé, adminístrales el bautismo y los otros sacramentos, fórmalos en la moral, dirígelos para el cielo: mi Padre me los ha dado á mí, y yo te los doy á tí. Instituye obispos, ordena presbíteros, &c., fecunda el misterio, asóciate cooperadores, señálale á cada uno su parte; en fin, haz todo aquello que deba conducir mas al cumplimiento de este encargo, apacienta mis ovejas.”

“La paráfrasis que acabamos de hacer de la tercera parte de este sagrado texto, así como la exposicion que hamos hecho de las dos primeras, dejan plenamente comprobado el primado de honor y jurisdiccion de Pedro sobre los otros apóstoles, expresados con el nombre de corderos, y sobre el resto de los fieles designados con el nombre de ovejas. Este primado de gobierno; porque la voz *apacentar*

lo comprende todo: es como si dijera: rige, conduce, gobierna. Esta significacion es muy usual en la Sagrada Escritura: “Tú apacentarás á mi pueblo de Israel,” dijo Dios á David al instituirle rey, manifestando de esta suerte que en la palabra *apacentar* comprendia la idea de gobernar con derecho.

“No multiplicaremos los textos sagrados: basta decir que no han recibido ellos otra inteligencia de de los Padres, y añadir para poner término á esta instruccion, que el primado de San Pedro sobre los otros apóstoles ha sido siempre reconocido, y por tanto, á mas de la prueba deducida del Evangelio, tiene á su favor el testimonio de los Padres y la voz de la tradicion. San Basilio, llamando á San Pedro Prelado de los otros discípulos; San Epifanio, designándole con el nombre de príncipe de ellos; San Ambrosio, manifestando que no fué Andrés sino Pedro quien recibió el primado; San Agustin, San Gerónimo, San Leon y otros muchos que seria muchos que seria largo enumerar, comprueban lo primero, y la historia eclesiás es un argumento de lo segundo.” (1)

(1) Todo lo que va entre comillas está tomado literalmente de nuestra obra intitulada: “Exposicion de la doctrina católica,” no publicada todavía.